

# POETAS MURCIANOS CON MIGUEL HERNÁNDEZ

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

En 1975, la editorial Plaza Janés de Barcelona <sup>1</sup> publicó un volumen hoy muy olvidado en el que, con el título de *Homenaje a Miguel Hernández*, se recogían numerosos poemas de autores de los años cincuenta y sesenta dedicados a Miguel Hernández, el gran poeta de Orihuela. Sin duda, como suele ocurrir en los homenajes de este tipo, hay poemas de todos los gustos y para todos los gustos, algunos más acertados, otros menos, desde el punto de vista poético y estético, pero interesantes todos por la firma de sus autores, y también porque todos y cada uno de ellos muestran un gesto de simpatía y de solidaridad hacia el poeta muerto en plena juventud que debe destacarse en todos los casos.

Los editores, María de Gracia Ifach, seudónimo de la escritora levantina Josefina Escolano, estudiosa reconocida de Miguel Hernández, a través de varias monografías, y Manuel García García, explican en los textos que abren esta antología de homenajes a Miguel, las circunstancias que han hecho que se decidan a recoger numerosas composiciones procedentes de los más diversos poetas y también en las más diversas fuentes: ediciones de obras completas, libros, revistas, etc. En su trabajo, María de Gracia Ifach demuestra, basándose en otros textos de diversos autores, la "permanencia de Miguel Hernández", su ejemplo vivo a través de los años, "la más ceñida autenticidad del fenómeno histórico social que representa", que se muestra como un "aserto ni gratuito ni arbitrario, a la vista de los muchos y valiosos testimonios que poseemos y que, de poder reunirlos como evidente paradigma, llenarían innumerables páginas". Lo que está claro, y también lo avisan en la nota editorial los coordinadores del volumen, es que tuvieron que hacer una selección entre más de cien composiciones. Por todo lo cual podemos asegurar que la selec-

---

<sup>1</sup> *Homenaje a Miguel Hernández*, edición de María de Gracia Ifach y Manuel García García, Selecciones de Poesía Española, Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1975.



ción es absolutamente excepcional, y así lo es porque en ella figuran poetas como Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Lauro Olmo, entre otros muchos.

Queremos destacar, entre los participantes, la presencia de algunos poetas murcianos, que muestran en sus composiciones la calidad de su verso, el sentimiento de desolación ante la pérdida del poeta tan joven y la admiración hacia su figura, hacia su ejemplo y, desde luego, hacia su obra.

De Julián Andúgar se recoge el poema titulado "Reencuentro con Miguel Hernández", de su libro *La soledad y el encuentro* <sup>2</sup>, un espléndido soneto, muy emotivo, en el que el poeta murciano, nacido en Santomera, muy cerca, por tanto, de la Orihuela natal de Miguel Hernández, y huertano como él, muestra su vecindad física y el sentimiento de la ausencia que le produce en el paisaje común, el paisaje huertano de la Vega Baja del Segura, junto al río:

Ahora cuando me vaya, amigo mío,  
vecino de mi casa y sus frutales,  
casi pared por medio a mis corrales,  
no sé que haré yo solo por el río.

Decirte que te vengas es desvío,  
porque ¿cómo te dejas tus leales  
Garcilaso y Sijé por unos tales  
que llevan en arriendo el pío pío?

A mi pueblo me voy trochas cruzando  
por no pasar por sitios que has medido,  
tan bien, con tu garganta y paso justo.

Que parece mentira que pensando  
cómo fueron las cosas, cómo han sido  
no te paguen las rentas con más gusto.

Muy interesante, y temprano por la fecha de publicación es también el poema de Jaime Campmany, titulado "Elegía", y publicado en 1953 <sup>3</sup>, sobre todo por el despliegue versal que el poeta murciano lleva a cabo, ya que se trata nada menos que de una elegía escrita en tercetos encadenados, perfectamente contruidos y amoldados a la estructura clásica de esta forma poética, utilizada como todo lector recuerda por Miguel Hernández en su poema titulado también "Elegía", y dedicado

<sup>2</sup> Julián Andúgar, *La soledad y el encuentro*, Adonais, Madrid, 1952.

<sup>3</sup> *Poesía española*, 23, noviembre 1953.



a Ramón Sijé, una de sus composiciones más conocida y más veces reproducida en libros y antologías. Campmany lleva a cabo un laborioso proceso constructivo de un poema que recurre constantemente a términos familiares a la poesía hernandiana, mientras sobresale su asimilación al estilo emotivo y desolado que Miguel supo imprimir a la elegía antes citada. Aunque, también hay que decirlo, el poema de Campmany se independiza en cuanto al sistema de metaforización, símbolos empleados, y referencias vitales directas alusivas a la trayectoria del poeta oriolano. En todo caso, se trata de un poema de una gran fuerza expresiva, que recurre en muchas ocasiones a un vocabulario agresivo, revelador de la desolación que la pérdida del poeta produce en su consternado lector:

Tengo hacia ti un sollozo trastornado,  
que me muerde los pulsos y los huesos  
como un perro rabioso y azotado.

Se me avinagran de dolor los sesos  
y se me salen por los ojos, vivos,  
agriso, amargos, ácidos y espesos.

Te pronuncio impotentes vocativos  
y al oír tu silencio interminable  
se me levantan llantos subversivos.

Odio por ti, Miguel, lo irremediable,  
en un rencor profundo, largo y ancho,  
como una crin oscura e indomable.

En el rencor me engancho y me reengancho  
sin tomar un resuello a la alegría.  
Me saben a tus náuseas y a tu rancho

las cortezas del pan de cada día  
y me repite el vino a la pelea  
de sangre y soledad de tu agonía.

El cordel de tu muerte me rodea  
el corazón de ti, de tu destino  
y en mi dolor se crece y se recrea:

cuchillo de tu muerte largo y fino,  
que me persigue el cuello como un toro,  
abriéndose en mi pecho su camino.



Toro tú sí, Miguel de toro y lloro,  
de sudor y huracanes tu entrecejo;  
barro dijiste, y vendaval sonoro.

Miguel de la tormenta y el consejo  
callado para siempre, ya vacío  
de rayos y colmenas tu pellejo.

Miguel del corazón y del pío pío,  
en besos y bramidos sustentado,  
amasado de estiércol y rocío.

Labrador de más aire y más arado,  
de blusa más fatal y masculina  
y de su más tierno silbo vulnerado.

La tierra, que fue siempre tu vecina,  
hogaño de tu especie se alimenta,  
polvo no tu mirada, sino harina;

sobre el bancal que en ella se aposenta  
qué cosas me dirían de tus entrañas  
a solas el panal y la herramienta.

Ascenderá tu acento por las cañas,  
y cuando flautas las elija el viento  
harán llorar de amor a las montañas.

Ya podrá darse el río por contento  
si se tienen sus aguas tan cercano  
que puedan arrimarse a tu argumento

y lamer lo que quede de tu mano.  
Pronto, Miguel, te echaron en el hoyo;  
pronto dieron tus labios al gusano;

pronto encontró el naranjo desarrollo  
en tu materia, pronto tu materia  
ne dejó a la palmera sin apoyo.



Un afluyente de mieles, una arteria  
de azúcar derretido en desconsuelo  
asciende al dátíl desde tu miseria.

Lloran aún, buscando tu pañuelo,  
un enjambre de abejas y otro enjambre,  
de enfurecido y huérfano revuelo.

Áspero agosto de rigor y estambre,  
dio de jornal el año a tu trabajo,  
donde a tu enero dio granizo y hambre.

Larga mi pena, larga y sin atajo,  
la camino, Miguel, la menudeo,  
y sin tomar descanso la trabajo.

Por tu monte y por tu prado merodeo  
predicando tu voz a las ovejas  
desasistidas de tu pastoreo.

Bajo el dolor yugado de mis cejas  
unciré los dos bueyes de mi llanto  
para labrar la soledad que dejas.

Las dejaré labrar y mientras tanto,  
con las manos y el alma en carne viva,  
mis uñas mullirán tu camposanto;

arrancaré la grama compasiva  
con esta misma boca en que te nombro,  
y la refrescaré con mi saliva

poniéndote su siesta bajo el hombro.  
Y después con tus versos y contigo,  
me quedaré a morir sobre tu escombro,  
si me quieres, Miguel, como tu amigo.

Carmen Conde, por su parte, está representada en la antología con su poema "Toro en Guadarrama", perteneciente a su libro *Mi fin en el viento*<sup>4</sup>. El poema, que

<sup>4</sup> Carmen Conde, *Mi fin en el viento*, Adonais, Madrid, 1947.



no trata directamente del poeta de Orihuela, como en los restantes casos de las composiciones recogidas, sí aparece dedicado “Al poeta Miguel Hernández, desde la vida, donde fuimos amigos”, y, en sus versos, la autora se conmueve ante la vista de un toro en el campo de la sierra de Guadarrama. Sin duda, la relación con Miguel está justificada, dado que el poeta de Orihuela fue uno de los más originales poetas taurinos del siglo XX, sobre todo a través de algunos sonetos magistrales de su libro *El rayo que no cesa* y otros poemas de esos años, inmediatamente anteriores a la Guerra Civil. Escrito el poema de Carmen Conde en alejandrinos blancos, se trata de una excelente representación del toro, mítico y salvaje, viviendo la naturaleza de la soberbia sierra próxima.

Porque tú eres lo que comes, pisas, ves ante ti,  
y también el viento que te enrosca collares de bramidos.  
Una yerba gigante, un arroyo entre guijas,  
y la montaña áspera que a Tablada la asienta.  
Mollares se hundan donde te clavas, las tierras;  
y deliran por tus anchos costados relucientes  
cuando, tan macho para el fanático hombre ligero,  
te tumbas entresonando lo que te cruza las sangres.

No se interrumpe en ti la corriente o marea  
que vahara los prados que por ti cobran brío.  
Tu resuello potente un tomillo de trueno,  
estremece las tardes con futuro de músicas.  
¡Pena que se abran coloreados trapos  
y enarbolean arpones de humillantes sangrías,  
esas criaturas locas con ropillas de circo  
que ante tu fuerza cósmica hacen gala de astucia!

Eres la simiente espesa que germina los muertos.  
Cuando la tierra brota de sí, tu te la llevas  
sentada en tus hombros, tierra hembra raptada  
por energías sin freno, en deseos desbocados.  
Ágil tu cuerpo oscuro, firmes tus remos tensos,  
este bramido orgiástico bajo tus medias lunas...  
¡Toro que has sido leche de una vaca bravía,  
embiste las estrellas, desgárranos la aurora!

No hay bestia más humilde que tú cerca del árbol;  
brilla tu pelo en calma mientras la yerba muerdes,



y en los ojos que muerte de viles trazas cela  
 se reduce el paisaje que Dios hinche de gloria.  
 El sol se te deshace entre las horas plácidas,  
 ningún mal te visita hasta que el hombre quiere.  
 ¡Oh qué alardes de gracia, de valor y destreza  
 se quedan desucados al medirse contigo!

Lo que un toro tiene es la sangre del mundo,  
 un rebullir de sangre que amontona tu pecho  
 y alborota campanas y le ciega los ojos  
 para rendirlo al hombre, su traidor consagrado.  
 Es la gloria mirarte cuando inocente pastas,  
 como buscas la hembra en mitad de los campos...  
 ¡Qué clarines derramas sobre las ascuas puras  
 de tu celo salvaje, en arrancada densa!

Toro mejor que tierra, porque ya esta en el toro.  
 Mejor que aquellos ebrios que a morir lo arrebatan.  
 ¡Manadas de bramidos, lloved junto a la noche  
 que los toros salten por libérrimas sierras!

Y, finalmente, otro soneto, este titulado “En la muerte de Miguel Hernández”, obra de otro excelente poeta murciano, Antonio Oliver Belmás, que es recogido de sus obras completas<sup>5</sup>. Se trata también de un texto muy emotivo, en el que se recrea al personaje, junto a Gabriel Miró, en el paisaje de su Orihuela natal:

Esta forma yacente es de un hermano;  
 de un amigo de amor y de terneza;  
 de un poeta campestre y oriolano  
 que volaba, torcaz, por la Belleza.

Gabriel Miró la lleva hasta el Arcano  
 por Elíseos de sombra y de grandeza.  
 Vista de luto el verso castellano  
 y las campanas doblen en Oleza.

<sup>5</sup> Antonio Oliver Belmás, *Libro de las loas, Obra completa*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1971, pág. 359. Titulada «En la muerte de Miguel Hernández, poeta de Perito en lunas». Fechado en 1942.



Miguel, Miguel: ardiente levantino.  
 Ahora que el llanto silencioso brota  
 sobre tu tumba pongo este divino

dolor que se conmueve y me derrota.  
 Este ramo de murta que destino  
 a coronar tu frente de patriota.

Cerramos esta selección de poemas con el que Jorge Guillén escribiera sobre Miguel Hernández, recogido también por los antólogos, y que aparece integrado en su libro *Y otros poemas*<sup>6</sup>. Jorge Guillén había expresado su admiración por Miguel Hernández, en diferentes ocasiones tal como puede constatarse en algunos de sus escritos, como, por ejemplo, en *Federico en persona*<sup>7</sup> donde lo recuerda integrado en el grupo de amigos “aquel Miguel Hernández, pastor gongorino y calderoniano” o en el prólogo a las poesías completas de Miguel Valdivieso lo llama “el genial Miguel Hernández”. Pero, naturalmente, el mayor homenaje lo realiza en esta espléndida composición poética que, sin duda, debía ser preferida de su autor, ya que también la incluyó en la antología comentada *El poeta ante su obra*<sup>8</sup>, en la que glosa el poema y lo presenta señalando: “Otro homenaje al último poeta genial anterior a la Guerra Civil. Miguel Hernández fue un hombre de campo, un alma buena, un pastor genial”. El poema se titula “Miguel Hernández” y dice así:

Era el don de sí mismo  
 Con arranque inocente,  
 La generosidad  
 Por exigencia y pulso  
 De aquel ser, criatura  
 De fuego —si no barro,  
 O ya vidrio con luz que lo traspasa.

Así, de claridades fervoroso,  
 Encuentra fatalmente su aliado  
 Más íntimo más fiel  
 En ciertos cuerpos leves.

<sup>6</sup> Jorge Guillén, *Aire nuestro. Y otros poemas*, edición de Francisco J. Díez de Castro, Anaya-Mario Muchnik, Madrid, 1993, p. 325. Los antólogos lo toman de *El Urogallo*, IV, 24, Madrid, noviembre de 1973.

<sup>7</sup> Recogido en Jorge Guillén, *Obra en prosa*, edición de Francisco J. Díez de Castro, Tusquets, Barcelona, 1999.

<sup>8</sup> Jorge Guillén, *El poeta ante su obra*, edición de Reginald Gibbons y Anthony Leo Geist, Hiperión, Madrid, 1980. Recogido en *Obra en prosa*, citada, pp. 797-798.





¡Palabras! Signos muy reveladores  
Van alumbrando un más allá, descubren  
Un mundo fresco, gracia.

Este aprendiz perpetuo de las formas,  
Pretéritas, actuales, ya futuras,  
Es al fin absorbido  
Por un grave tumulto  
Que lo arroja al extremo de su dádiva.  
Mujer, el hijo, lucha. Lucha atroz,  
Límite esperanzado.

Genial: amor, poema.  
Español: cárcel, muerte.

Y el comentario de Jorge Guillén: “El poema alude a su gran don expresivo, a la intensidad con que ahondó las palabras, “cuerpos leves”, aquel “aprendiz... de las formas”, que asimiló influencias del Siglo de Oro, Lope, Calderón. Después vino para aquella criatura de amor el “grave tumulto”, la “lucha atroz”, la cárcel, la muerte”.

Como hemos podido advertir, en efecto, y tal como aseguraba la editora del libro, María de Gracia Ifach, la figura de Miguel Hernández permanece por encima del tiempo, vivo en el recuerdo de estos poetas, y mostrando cada día la lección indeleble de su original y sincera obra poética.

